

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Arcómetros. = Artículo primero.

El conocimiento de la gravedad específica de los líquidos es de la mayor importancia, no solo en la física sino tambien en los laboratorios químicos, en los de farmacia, en las artes y en el comercio.

Los instrumentos que sirven para conocer la relacion que tienen sus densidades se llaman *areómetros* ó *peraltadores*. El mas antiguo que se conoce lo inventó M. Homberg á fines del siglo XVII. Sinécio dice que el primero fué inventado por Hypatia, hija del astrónomo Teon á fines del siglo IV. La construccion de un areómetro regularmente consiste en un tubo de vidrio semejante al de los termómetros, prolongado y dividido en escala de partes iguales, en cuya estremidad tiene una bolita hueca ó ampollita de la misma materia con cierta cantidad de azogue para servir de lastre cuando se sumerge en los líquidos cuyas densidades relativas se trata de conocer. En este caso, se mantiene en una posicion perpendicular á la superficie del líquido donde se introduce, para cuyo fin sirve el lastre que le acompaña.

El líquido en que mas se sumerja es por consiguiente mas ligero y tiene ménos densidad. Despues del areómetro de Homberg, construyó uno M. Parecieux algo mas exacto, y en 1767 M. Montigny inventó el suyo para poder juzgar de la mayor ó menor graduacion de los licores espirituosos, con el objeto de fijar en Francia los derechos reales que se habian de imponer sobre los aguardientes, y descubrir al mismo tiempo el fraude de los traficantes.

A este fin pesó una vasija de vidrio llena de alcohol el mas puro ó rectificado *ad maximum* por sucesivas destilaciones, y pesó despues la misma vasija llena tambien de agua destilada. Habiendo conocido de este modo la razon de los pesos específicos de dichos líquidos, hizo con ellos nueve mezclas diferentes y en distintas proporciones.—Esto es, tomó primero una parte de agua con ocho de espíritu de vino, despues dos de agua con siete, y así hasta ocho de agua con una del espíritu.—En seguida introdujo su areómetro en aquellas diversas mezclas, y cono-

ciendo por este procedimiento sus gravedades específicas graduó con exactitud el instrumento.

La balanza hidráulica puede servir en cierta manera de *areómetro*, que propiamente hablando no es otra cosa, si atendemos al significado de esta voz. — Para obtener un conocimiento de ella imagínese una balanza comun, y que en uno de sus platos hay una pesa ó piloncito que debe estar en equilibrio con el otro plato donde haya un número de pesitas iguales, que juntas pesen tanto como el pilon. Por ejemplo, si este pesa un adarme, que el otro plato contenga 36 pesitas, que cada una sea un grano de nuestro marco de Castilla. Sumergiendo el plato del pilon en diversos líquidos disminuirá necesariamente de peso segun sean estos mas ó menos densos. Esta disminucion hará que el cuerpo sumergido sea mas ligero, de modo que perdiéndose el equilibrio, no se podrá restablecer si no se aligera el plato de los granos, quitándole algunas pesitas, por cuyo hecho se podrá juzgar en cierto modo de las densidades relativas de dos ó mas líquidos, como lo vamos á ver.

La construccion de esta balanza está apoyada en este principio de hidrostática: *Las cantidades de peso que un cuerpo pierde sumergido en diversos líquidos están en razon directa de sus densidades.* Así es que si ensayando por ejemplo dos clases de espíritu de vino, se han suprimido 40 granos para mantener el equilibrio en el primer ensayo, y 12 en el segundo, vendremos en conoci-

miento que la densidad del primer aguardiente es á la del segundo como 10 es á 12, ó que están en la razon de 5 á 6, de donde se sigue que tiene el primero mas partes espirituosas y que es por consiguiente de mas estima que el segundo.

El areómetro de Nicolsson, cuya descripcion se halla en el Diccionario de química de la Enciclopedia metódica, tomo 2.^o, tiene la ventaja de proporcionar por sí mismo las correcciones que se han de hacer de la variacion de temperatura y presion atmosférica, como tambien de espresar hasta con cinco cifras decimales el peso específico de los líquidos.

En 1769 M. Brisson hizo la descripcion de un nuevo areómetro en una memoria dirigida á la Academia de las ciencias, y en 1796 Guiton propuso el suyo al Instituto nacional de Paris con el nombre de *gravímetro*, manifestando la superioridad de él, tanto por la exactitud de los resultados como por la posibilidad de ensayar con él todas las sustancias y la facilidad de comparar los experimentos. Fahrenheit construyó un areómetro que por haberle inventado para determinar el peso específico de todos los líquidos á escepcion del mercurio, le dió el nombre de *areómetro universal*.

Los areómetros de Beaumé y de Cartier son sin embargo por sus mejoras y sencillez los que están mas en mano de los químicos y licoristas, por lo que fijaremos en ellos nuestra atencion en el artículo siguiente.

A la memoria de mi desgraciado amigo

D. José Galán y Aguilar.

«Nada de cuanto ha sido determinado por la naturaleza, ó por los Dioses inmortales, se debe conceptuar como un mal; porque al fin ni es la casualidad, ni una ciega causa quien nos ha creado; sino es algun Poder que vela sobre el género humano.»

[PENSAMIENTOS DE CICERON.]

El hombre infeliz desde que nace,
Cual mísero reptil vive en el cieno,
Si algo toca su mano se deshace
Y do busca el placer halla un veneno.

Que en vano pasa la terrible vida
Entre sueños de amor y devaneo,
En vano eleva (la razon perdida)
Mas allá de los cielos el deseo.

Que es tan solo gusano miserable
Condenado á sufrir en este suelo
Un padecer amargo, interminable,
Canto es hermoso el azulado cielo.

Por eso es triste de esperanza llenos
Salir al mundo, disfrutar amores;
Por eso es triste respirar serenos
El blando aroma de las bellas flores.

Que es mentido ese aroma delicado,
Es mentido el placer, y la esperanza
Vana quimera que forjara el hado,
Lisonjera ilusion de bienandanza.

Tú lo sabes también, tú que la vida
Como ráudo relámpago cruzaste
Y en tu luzna juventud florida
Este mundo falaz abandonaste.

Tú lo sabes tambien! Desde ese Cielo,
Do mil orbes se agitan fulgurando,
Ves arrastrarse al hombre por el suelo
La triste vida con afán pasando.

Le ves mezquino codiciar placeres,
Mandar el mundo en su delirio vano,
Presa infeliz de aciagos padeceres
Beber la sangre de su propio hermano.

¿Y es una dicha acaso la existencia
Cuando solo el dolor manda en el hombre?
¿Qué vale al desgraciado su demencia?
¿De rey qué puede con la muerte el nombre?

Nada! Nada! Morir! — Esto el destino
En su libro eternal escrito tiene,
Esto le plugo al Hacedor Divino,
Esto sin duda al hombre le conviene.

Morir! Morir! La cárcel de la vida
Abandonar es fuerza; y ¿por ventura
Puede haber existencia mas querida
Que aquella hermosa donde el alma es pura?

¿Puede haber otra dicha, otros placeres
Exentos de pesares, mas que aquellos
Que en otra vida pura, entre otros séres
Son del supremo Dios altos destellos?

¡Ah! ¿que es un bien morir! — De los dolores
El temible aguijon que hiere el alma
Cesa de atormentar con sus horrores
Cuando llega la muerte en dulce calma.

Con ella acaban cuantas crudas penas
Nuestra existencia mísera agitaron,
Y rompe las durisimas cadenas
Con que en aqueste mundo nos ligaron.

Ella presta la paz que por dó quiera
Buscamos anhelantes sin hallarla,
Ella muestra su faz siempre severa
Que impele á todos sin cesar á odiarla.

Y ella empero es un bien!—Grata ventura
En un mundo mejor fiel nos sonrie,
Y rasga el velo vil de la impostura
Que en este horrible mundo nos engrie.

En él se goza del placer inmenso
De ver á Dios de arcángeles cercado,
Su trono oculto con el leve incienso
Que eleva el justo ante sus pies postrado.

Y esta dicha inefable, esta ventura
No se puede gozar en nuestro suelo,
Que solo es dado, cuando el alma es pura,
Después de muertos remontarse al Cielo.

Por eso tú, que de la triste vida
Los falaces encantos conociste,
Abrazando á tu madre entristecida
De esta mansión horrenda te partiste.

Que te fueron ensueños los placeres
Y fugaces te fueron los amores,
Y al entregar tu pecho á las mujeres
Le entregaste también á los dolores.

Tan solo un ángel con sonrisa pura
Te ofreció su cariño verdadero;
Y esta mujer de celestial dulzura
Pagó á la muerte su tributo fiero.

Ella al volar á la región divina
«Sígueme», dijo, de fulgor bañada;
Y en la mansión del justo peregrina
De tan vivo fulgor entró cercada.

Tú también que sus voces escuchaste
«No mas vivir» en tu dolor dijiste,
Partiendo á otra región en donde hallaste
La dulcísima prenda que perdiste.

Goza, pues, de ese Cielo mientras lloro
De flores tu memoria coronando,
Que si angustiado mi penar devoro
Siempre mi corazón te estará amando.

Enero 12 de 1840.

MANUEL CAÑETE.

Siestas de San Pedro en Roma.

[Continuación.]

Procesion Pontifical.

Al siguiente día conducen á su Santidad en procesion á la Basilica para celebrar la Misa de S. Pedro.

A la cabeza de la procesion marchan numerosos suizos de la guardia pontifical, con brillantes corazas de acero, con alabardas en las manos, y precedidos de dos oficiales vestidos de piel de búfalo, con capacetes de malla. Siguen á éstos:

1.º Seis capellanes *extra muros* con capotes de grana y mucetas forradas

de armiño, los cuales conducen cuatro preciosas tiaras y dos ricas mitras del castillo de S. Angelo.

2.º Varios capellanes de honor también con capotes de grana sobre sotanas violetas, con mucetas de color de cereza.

3.º Un crucifijo de oro (1) lleva-

(1) Este crucifijo solo se saca delante del Papa, á no ser que su Santidad tenga á bien honrar á algun sacerdote con este privilegio, como hizo Clemente XI con el Patriarca de Lisboa.

por un prelado subdecano, acompañado de dos porteros de estrado con varas rojas.

5.° Siete prelados con finas sobrepellices cortas, de mangas perdidas, cada uno de los cuales lleva un candelero de oro, con un cirio cuidadosamente pintado.

6.° Varios arzobispos, obispos, patriarcas, así griegos como armenios, cada uno con su mitra en la cabeza.

7.° Treinta y dos cardenales con mitras y mantos de damasco y mitras de tisú de plata.

8.° Las guardias de corps, á caballo, con armaduras de acero azulado, adornadas de finísimos relieves de oro, pero sin cascos, y solamente con largas pelucas.

9.° Los maceros, con vestidos de púrpura, una especie de escapulario de malla, y espada al lado.

10.° El soberano Pontífice con la misma tiara y hábitos que el día anterior. Ocho hombres con largos capotes rojos le conducen sobre una rica y magnífica silla, y otros dos van inmediatamente á su lado, cubriéndole cada cual el costado con un gran flabello (1). Siguen en buen orden veinticinco suizos de la guardia pontifical, con espada desnuda en mano.

11.° El condestable de *Colonna* (2) con vestido negro á la española, bordado de hilillo de plata, y el Toison

de oro al cuello, todo cubierto de diamantes y rubíes.

12.° Varios camareros (de honor) gentiles hombres de la Cámara y maestros de ceremonia.

13.° El prior de los *Conservadores*, ó presidente del Senado, con capote de tela de oro, forrado de raso rojo, acompañado del cuerpo de senadores.

14.° El embajador del emperador y el de Ferrara: el primero vestido de seda negra, á la romana, con manto de la misma tela, guarnecido de un falbalá de encaje negro: el segundo con rico vestido tambien de seda, pero á la antigua romana.

15.° Cierra esta procesion considerable número de oficiales, servidores, llamados *Palatini*, por pertenecer al palacio pontifical, la comitiva de los cardenales y otra porcion de señores distinguidos.

Luego que llega esta procesion á la *Basilica* de S. Pedro, colócanse las tiaras, mas dos mitras de la sacristía secreta sobre el Altar mayor, en el orden siguiente: al lado de la Epístola la tiara de Urbano VIII, la de Clemente VIII, la de Inocencio III, la de Julio II: al lado del Evangelio la admirable y preciosa mitra mandada hacer por Paulo III en fondo de plata, con relieves de oro y esmalte, y adornada de pedrerías; otra tambien muy rica de Paulo IV, llamada mitra preciosa, cargada de finísimas y brillantes piedras; la última no es de tanto valor, si bien es recomendable por su mérito artístico.

Este Altar, donde nadie ofrece el

(1) Especie de abanico antiguo formado de plumas.

(2) Este condestable presenta la hacanea en aurnicia del embajador de España.

divino sacrificio mas que el Papa, á no ser mediante una bula de S. S., está suntuosamente adornado; su frontal es de una tela roja con las imágenes de S. Pedro y de S. Pablo en medio de un rico y magnífico bordado de oro.

Las estatuas de estos santos, de plata maciza, de tamaño natural, están colocadas en donde los otros altares tienen una contramesa: la primera está en hábitos pontificales con una sortija preciosa en uno de sus dedos estendidos, como los tiene el soberano Pontífice en el acto de bendecir, y con la mitra sobre la cabeza; á los lados hay dos candeleros de plata de seis pies de alto, y delante un crucifijo de oro, acompañado tambien de sus candeleros, con cirios encendidos.

A pequeña distancia de este altar al lado de la Epístola, se haya la credencia ó aparador, que tiene cierta analogía con lo que llaman los griegos *mesa preparatoria*, cerca de la cual está en pie el 1.^{er} copero de S. S. con hábito de color escarlata, sin mangas. Sobre la credencia se ve entre otras cosas un cáliz de oro con tres hermosas figuras en relieve, y numerosas piedras preciosas: una bolsa de tela de oro con el *corporal*: el asterisco (1), llamado así por su forma estrellada, con doce rayos, en cada uno de los cuales está esmaltado el nombre de un Apóstol; cuatro botellas de cristal, dos de vino grie-

go (1) sacado del reino de Nápoles, y dos de agua: dos jarros de oro en los cuales se echan ámbos líquidos: el vaso del *saggio* (2) con el que se prueba uno y otro (3) ántes de administrarlos para la consagración: una cuchara de oro, superada de una excelente amatista, con la cual se echa el vino y el agua en el cáliz.

El diácono y el subdiácono, que son ordinariamente cardenales, están cerca de este sitio para consumir lo que queda en el cáliz, despues de comulgar el Papa: el *sanguisuchello* ó *suc-sang* mandado hacer por Clemente VIII, y adornado de una bella esmeralda, sobre el cual están las iniciales de su nombre: el *piston*, que sirve para limpiarlo, llamado *purificador papal*, superado de un hermoso zafir: dos jarros de plata sobredorada, uno lleno de agua comun, y otro de agua de naranja: dos grandes palanganas tambien de plata sobredorada, con tapaderas de lo mismo, las cuales presentan á S. S. llenas de estas aguas, los embajadores del emperador y de Ferrara, y el prior de los conservadores, para que reciba las tres lociones de costumbre en las misas pontificales: un escalador ó estufilla de plata para calentarlas; y siete candeleros de oro.

[Se continuará.]

[1] Se llama vino griego, porque crece la vid cerca de la torre del Greco en el reino de Nápoles, conocido otra vez con el nombre de *Græcia magna*.

[2] Palabra italiana que significa *ensayo*, prueba.

[1] Todos los sacerdotes griegos se sirven del asterisco. Entre los latinos solamente el Papa puede usarlo. El de S. S. tiene los rayos encurvados, de suerte que puesto sobre la hostia, no la toca, pero la cubre á manera de cúpula.

[3] Solo el maestro, de la credencia, nos prueba, pues á nadie es permitido acercarse á este sitio, el cual está rodeado de una especie de guardia eclesiástica, que grita al pueblo: *procul hinc omnes*, apartaos de aquí; como esclamaban los antiguos: *procul isti profani*.

A MI MADRE.

Quanto y dicha de mi triste padre,
Cálida amiga de mis tiernos años,
Dulce consuelo de mi vida amarga,
Madre amorosa.

Desde la patria del ilustre Canuto
Donde meciste mi rosada cuna,
Oye el acento que en la margen sacra
Lanzo del Bétis.

Lanzo el acento que el recuerdo dulce
De tus caricias imprimió en mi pecho;
Plácido acento que feliz me inspira
Grata memoria.

Porque en tus brazos, cariñosa madre,
Miré las flores, respiré las auras,
Que de la vida en el vergel ameno
Goza la infancia.

No allí cercaron tu regazo amante,
Llorar amargo de desdicha y penas
En negra copa sin cesar brindando,
Vagos fantasmas.

Ni la temida agitación del ala
A cuyo soplo la terrible muerte
De la existencia las precarias telas
Rasga volando.

Plácida calma disfrutaba entónces,
Y ese regazo me ocultaba el mundo;
Tú eras mi cielo.... en sus inmensas dichas
Angel creime.

Y con la mente de ilusiones llena
Miré el matiz del alombrado suelo,
Suelo de flores que al sentar la planta
Mústias se ajaron.

No va los besos del amor materno,
Tiniendo en grana la infantil mejilla,
Fueron de dichas la perpetua fuente
Para tu hijo.

Ni los halagos del filial cariño
Que prodigaba en los maternos brazos,
Ni las miradas de ternura y gozo
Eran tan dulces.

Que entónces el pecho se abrasó en amores,
Y el beso ardiente de pasión insana,
Y el falso halago de falaz amante
Avido quise.

Perdona, madre, que el error de un día
Desvaneciése como nube oscura,
Y hora el Sol brilla en el azul del cielo
Puro y tranquilo.

Oh! ¡quién me diera en tus amantes brazos
Verme otra vez, y al arrojarme en ellos
Gozar sereno cual gocé en un tiempo
Plácida calma.

Esta memoria que en mi pecho guardo
Llena y refresca mi ardorosa frente;
Por ella vierto con fatal tristeza
Llanto abundoso.

Por ella sola en tu dorada margen
¡Oh manso Bétis! me contemplas triste,
Sigue tu curso y á mi madre amada
Lleva mi acento.

Sevilla.—Febrero 20 de 1840.

FÉLIX DE UZURIAGA.



UNA HISTORIA DE CARNAVAL.

Era joven, su rostro bien parecido, pero flaco, marchito y lleno de arrugas á pesar de su temprana edad: sombría su espresion, doloroso su ademán. Estaba medio echado en un banco, apoyados los codos sobre una mesa, suelta una mano y apoyando con la otra su frente.—Su aspecto infundia tristeza.

Al pronto no se movió; mas luego volvió hacia nosotros sus grandes ojos negros; causaba daño su mirar, fijo y vago á un mismo tiempo, animado y estúpido á la vez. Levantóse y se acercó á nosotros lentamente.

Nos miró con atencion por espacio de algunos segundos; despues dijo:

—Soy loco. Cuán triste es vivir en este cuarto sin salir de él jamás! Me dicen que me conviene el reposo, porque ya soy viejo. Viejo! y yo creia no tener mas que veintiseis años! pero será equivocacion mia, no hay duda. Y á vos, os parece lo mismo? Yo me acuerdo de haber sido no hace aun mucho tiempo un joven vivo y alegre, amante de las mujeres, del placer y de los festines. Y nadie me queria mal por eso; ántes bien se reian de mis locuras que á ninguno hacian daño; pero hoy piensan de otro modo. Dicen que es muy distinto el joven loco del insensato viejo, y me encierran en esta prision. Y cuán triste, es verdad?

Se sentó otra vez, y nosotros nos volvimos hacia el médico, asombrados y enternecidos; el doctor nos comprendió.

—Demasiado cierto es, dijo; casi siempre le vereis lo mismo; una locura cavilosa y tranquila, una melancolía distraída, una tristeza delirante. Pero si os dejais llevar de sus quejas llenas al parecer de una justa amargura, pronto os arrepentirais de vuestro caritativo error...

El loco, como saliendo de su profundo abatimiento, se dirigió hacia el balcon, y mirando al cielo exclamó:

—Hermoso día!

Pasó su mano por el cabello, y dando con el pié en el suelo gritó:

—Juan! Ensillad el caballo; pronto, las espuelas, el látigo; que quiero salir á paseo.

Comenzó á arreglarse el vestido y la corbata con sumo cuidado, á abrocharse el chaleco, tan maltratado como su amo, mas bien por la borrasca que por la edad. Vió en él un agujero, á cuya vista se retrataron en su semblante la tristeza y la vergüenza; cesó su arrebató, y volviéndose á nosotros examinó nuestro chaleco por ver si habia en él algun descosido. Miró despues todo nuestro trage, y preguntó quién era el sastre que nos vestia.

—Porque ya veis, añadió, las mu-

...res se pagan mucho del exterior, como tengo que ir á verla. Ya la conozcois.... Ella. Ah! la amo con locura! Es tan linda, tan hermosa! La he compuesto unos versos esta mañana. Voy á leerlos; escuchad.

Registró en sus bolsillos, mas nada encontró; y se puso á llorar como un niño, pidiendo le diesen el objeto que le habian quitado. Caudor el verle.

—Mucho me temo que esto convida mal, nos dijo el médico; por regular cuando empieza á llorar está próxima la crisis.

En efecto, al cabo de algunos minutos, saltó el joven del uno al otro extremo del aposento, y se volvió con horror. Su semblante estaba pálido y horrible, erizados los cabellos, contraidos los músculos, sudosa la frente.

—Apartad! apartad ese cadáver!... ¿qué me quiere ese esqueleto? gritaba el loco. No te conozco! Muerta! lejos de mí.... Por qué no la encerráis bien en la fosa, para que no pueda salir, para que no se me aparezca diciendo que yo la he matado? Fuera, fuera! ay! como me esconda contra sí; ya siento el frío de los huesos. Qué horror!

Y se arrastraba por el suelo cual si luchara con alguna persona.

Después de haber prodigado al enfermo los cuidados que reclamaba su estado, nos refirió el médico la ventura siguiente:

«Leopoldo, como os ha dicho él, hace tres años un arrogante joven, rico, amable, de buen carácter, pero de débil corazón. Veintiun a-

ños tenía cuando su primer amor. Era Paulina una muchacha agraciada y linda, con una figura seductora, tan seductora como su alma. Amaba Leopoldo á Paulina con delirio; era correspondido, é iba á casarse con ella. Presentábasele un porvenir de delicia, y era tan dichoso cual lo es el hombre en su primer amor, casto y puro, hijo del entusiasmo y la inocencia. Pero, para echar por tierra una de estas pasiones virtuosas, se necesita tan poco! Una mujer hermosa y llena de seducción, nada mas.»

«Era Cornelia un tipo magnífico de la belleza malagueña. Un talle esbelto y agraciado, formas admirables, un rostro expresivo de energía, un alma ardiente que brillaba y se revelaba en sus miradas, en sus gestos y palabras. Las cosas que se sabían de su vida bastaban para hacer una novela tierna y terrible á un tiempo mismo.»

«Estas mujeres se amoldan muy rara vez con los hombres de su temple: necesitan por amor el de un ingenuo adolescente; su pasión prefiere hacer mella en un alma virgen y pura. Y con frecuencia es una felicidad para un joven, libre y dueño de sus acciones, encontrarlas al empezar su carrera; pues es muy conveniente á la mocedad formarse en esta educación robusta, estudiar en estos fogosos rudimentos; lo cual salva algunas veces de esos melifluos y mezquinos amores, en cuya languidez se pierden tantos bellos jóvenes, se marchitan tantas vivas y generosas naturalezas! Pero es tambien una

desgracia para aquellos que las encuentran cuando su alma se halla ocupada por un legítimo amor!

«Leopoldo habia sido seducido, fascinado por esta mujer. La mala-gueña le habia enseñado secretos que le hacian ser su esclavo. Habia deshecho su ingenuo amor, comprimido su tierna y dócil alma, y encendido en él un fuego que solo ella podia apagar. Y, cuando supo que su casamiento estaba decidido, cuáles fueron las imprecaciones, cuál el furor de esta mujer!

«Habia llegado el dia del himeneo sin que nuestro jóven hubiese tenido valor para desdecirse. Aquel mismo dia Leopoldo y Cornelia salieron de Madrid.—Y todo estaba dispuesto para la boda; Paulina esperaba tranquila y feliz, con su velo de blonda, con su traje de virgen. Pero Leopoldo no venia, y en medio de la impaciencia y asombro que causaba este retardo llegó una carta en que decia no le aguardasen, que volvía su palabra y renunciaba á la boda.

«La desgraciada jóven no pudo resistir á su dolor; la fiebre devoró su frágil existencia. Paulina murió á pocos dias, y la guirnalda que debió cubrir su frente de desposada, la cubrió, sí, pero en el ataúd. En vez de marchitarse en la alcoba, se desfloró bajo la losa de la tumba!

«Algunos meses despues volvió Leopoldo á Madrid triste, solo, sin ilusion, desengañado de la vida. La muerte de Paulina le causó una grave enfermedad. Sufrió, lloró, pero el tiempo le consoló. Buscó en la

disipacion el olvido de sus penas, buscó el reposo del alma en las fatigas de una vida de placeres. Consiguió su objeto; mas algunas veces sonaban los remordimientos en su corazon, y dias de pesar se mezclaban con sus dias de regocijo.

«Se hallaba cierta vez en un baile de máscaras que daba el conde de **. Paseábase solo y taciturno, cuando una máscara se agarró á su brazo, y le detuvo como si quisiera reconocerle. Iba disfrazada de dominó negro, de tal manera que no se le veian los pies, ni las manos ni los ojos. Este misterioso personaje le apartó á un lado y dió con él una vuelta por la sala de descanso sin desplegar sus labios. Leopoldo experimentaba una singular emocion, una curiosidad mezclada de vago terror. En fin, oyó que le decia:

— «No me conoces?

«Esta voz le comprimió el corazon de modo que se puso á temblar como un azogado.

— «Soy yo!

«Los dicentes del jóven se estremecian y tiritaban cual si estuviese sobrecoigido de un frio glacial.

— «Sí, continuó la máscara en voz baja y como ahogada á causa del antífaz; yo soy aquella á quien hiciste traicion, á quien diste la muerte, que salgo del sepulcro para verte en medio de una fiesta, infame asesino!

«Leopoldo arrojó un grito de horror; algunas máscaras se acercaron á él....

«El dominó negro habia caído en tierra, inmóvil como un cadáver. Le quitaron la careta y el disfraz, y

...ron una jóven pálida, en traje de boda, con los ojos cerrados y una guirnalda de rosas blancas; estaba llorando.

Y Leopoldo, pálido tambien, los cabellos erizados, los ojos cual los de un insensato, y cárdenos sus labios, miraba el cadáver de Paulina. Y en su derredor, iban y venian grupos de máscaras, se bailaba,

se gritaba, y la música llenaba el aire con sus armonías mezcladas con el confuso rumor de la fiesta.

«Singular escena por cierto!

«Una hora despues se supo que lo de la jóven muerta habia sido una burla de carnestolendas; era un hermano de Paulina, recién salido del colegio, que habia querido vengarse.

«Pero Leopoldo se quedó loco.»

[M. de M.]

UN TRIBUTO AL TALENTO.

En la union de los individuos de la compañía dramática que se han aumentado de esta ciudad el viernes último, ha partido tambien para la de Granada nuestro amigo D. MANUEL LÓPEZ, redactor principal de este periódico. Si fuéramos egoistas, despreciaríamos una partida que nos ha librado del amabilísimo trato de un grupo de tantas esperanzas y de tanto mérito; pero consideramos que este viaje contribuirá muy eficazmente á perfeccionar su gusto por la amena literatura, y nuestro sincero deseo de que haga rápidos progresos en ella un hijo de la fecunda privilegiada ciudad que vió nacer á los Herreras y á los Riojas, á los Velazquez y á los Murillos, nos sirve de lenitivo en su ausencia. Con respecto, la patria de los Leones y de los Canos es tambien una rica mina donde se pueden explotar conocimientos útiles: es un suelo de inspiracion, y hé aquí uno de los gran-

des libros en que debe estudiar y meditar el genio. No basta á nuestro entender el estudio de los buenos modelos para formar al vate. El estudio por sí solo puede hacer á un hombre erudito; pero si este ha nacido con vena poética, le es indispensablemente necesario leer en el sublime libro de la naturaleza. Los viajes á paises de gloriosos recuerdos, que al propio tiempo encierran soberbios monumentos artísticos, elevan el alma del poeta, é insensiblemente le familiarizan, por decirlo así, con los pensamientos grandes y profundos. Un poeta que jamás ha abandonado sus lares, no puede embellecer sus producciones con aquel brillante colorido que prestan á su número los viajes á pintorescos paises.

Penetrados de estas ideas, y celosos por la reputacion de nuestro jóven amigo, nos hemos visto obligados á luchar con encontrados afectos al

separarnos de él; pero nos cabe la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores, que su ausencia no nos privará de seguir insertando en nuestro periódico sus producciones, como lo acredita la linda y filosófica composicion poética que se halla en las columnas del presente número; ántes bien nos prometemos que sus asiduas visitas á la Alhambra, y sus paseos frecuentes por la florida Vega, influirán de tal manera en su númen, que los sones de su lira sean en lo sucesivo tan suaves y armoniosos como lo es *El eco del arpa*.

Ya que hemos mencionado esta preciosa composicion poética, aprovechamos tan oportuna ocasion de manifestar á nuestros lectores, que su autor aun no ha cumplido 18 años; y que la ternura que respira en toda ella, nos da una idea cabal de la sensibilidad esquisita de su alma, prenda inestimable que unida á su modestia, á su docilidad, á su ardiente deseo de completar su instruccion, y á su gusto decidido por nuestros buenos modelos, le asegura un brillante porvenir en la carrera literaria.

No queremos pasar en silencio una innovacion que hemos notado en dicha produccion poética, la cual es haber inventado el adjetivo *dúlcido*. En efecto, esta voz no se halla en nuestro Diccionario de la Academia, ni ménos creemos que esté autorizada por nuestros clásicos; pero así como de la voz *frio*, empleada adjetivamente, se ha derivado la de *frígido*, de *luciente* se ha formado la de *lúcido*, de *fulgente*, *súlgido* &c.;

así como ciertas voces graves se han hecho esdrújulas para enriquecer nuestro dialecto poético con palabras que oportunamente empleadas perfeccionan la cadencia de los versos, prestándole al mismo tiempo belleza, dulzura y armonia; de la propia manera juzgamos que de *dulce*, como adjetivo, puede derivarse la preciosa voz esdrújula y de tres sílabas que ha usado nuestro amigo: voz á nuestro modo de ver mucho mas poética que el superlativo *dulcísimo*, esdrújulo de cuatro sílabas, y tan necesaria como las dos mencionadas; pues siendo su significacion de un uso tan frecuente en poesia, bueno y útil es que poseamos palabras de dos, tres y cuatro sílabas que espresen la misma idea. Añadirémos finalmente en abono de la yoz inventada por nuestro amigo, que el adjetivo *dúlcido*, sobre ser suave y bello no es un barbarismo, ni ménos uno de los muchos galicismos que nos regalan harto á menudo nuestros noveles poetas y escritores para mengua del habla castellana.

Ántes de concluir nuestro artículo laudatorio debemos advertir que somos tan enemigos de una sátira mordaz y de una crítica severa, como amantes de tributar nuestros elogios al genio; mayormente cuando éste despunta en un jóven como el autor del *Eco del arpa*, y del artículo sobre *los Liceos* (1); es decir en un jóven de ménos de 18 años, que escribe ya tan aventajadamente en verso y en prosa y con una facilidad

(1) Véase nuestro número anterior.

admirable, de que somos testigos; un jóven, en fin, que por su modestia, lejos de engreirse con nuestros elogios, les servirán de estímulo para consagrarse mas y mas al estudio; por consiguiente nos lisonjamos de que esta manifestacion

franca, nos evitará el disgusto de vernos tachados de parciales, y menos aun de aduladores, por ser estos unos epítetos que en verdad dicen muy mal con nuestro carácter.

T.

Doña Joaquina Baus.

Nó, no es la gratitud una ilusion, ni un fantasma, aunque cuente el mundo muchos corazones ingratos. Ella existe sin duda, mas tambien concedemos que sea una virtud: nó; la gratitud es y será siempre un *deber sagrado*. Llamámosle sagrado, porque la gratitud puede existir despojada de mezquinos intereses. Dar amor por amor, es un deber de todo corazon honrado. Considerada la gratitud bajo este punto de vista, vamos en seguida á dar cuenta á nuestros lectores de la última representacion teatral de la Sra. Baus, en la noche del jueves anterior, y de su partida para Granada en la tarde del siguiente dia.

El teatro, como se deja entender, estaba lleno de espectadores que habian ido á dar su *adios* á la bella artista, y á verter con ella algunas lágrimas por despedida, durante la representacion del drama titulado *El Castillo de San Alberto*. No es nuestro ánimo en el presente artículo entrar en pormenores acerca

del mérito de esta produccion: bástenos decir de paso que la consideramos como una de las mejores que cuenta la nueva escuela extranjera, por el sostenido interes de su argumento: interes que lejos de disminuir despues de las brillantes y patéticas escenas del segundo y del tercer acto, va en considerable aumento hasta su feliz desenlace. Limitándonos, pues, á hablar solamente de su ejecucion, diremos que toda la Compañía dramática fijó su mayor conato en su buen desempeño, para que Cádiz acabára de convencerse de los talentos estrordinarios de la agraciada actriz que estaba en víspera de ausentarse de su suelo. En efecto ¿qué personaje del drama, apesar de su respectivo mérito, pudo competir con la hermosa y desventurada *Condesa de Flavy*? Diráse acaso que era la protagonista, y que por consiguiente desempeñaba el carácter mas interesante del drama. Pudiéramos contestar á esta objecion; pero nos contentaremos úpica-

mente con manifestar que no admirábamos en ella á la artista, sino á la *mujer sublime* que tenia pendiente de su labio todas las almas sensibles.

En la última escena del acto segundo arrojaron al proscenio una espléndida corona de rosas y azahar, de cuyo hermoso lazo pendia una vitela que contenia la décima siguiente.

A LA HERMOSURA Y VIRTUD

DE

Doña Joaquina Baus.

En el templo de Talía

Mil aplausos recibiste

Y de la Diosa ceñiste

La diadema que tenia.

Tu genio la merecia

Y tu triunfo se logró:

Otra corona mejor

Tambien supiste alcanzar,

Y de rosas y azahar

Tu sexo te lo tejió.

UNAS SEÑORAS.

La actriz fué estrepitosamente aplaudida cuando coronada por el *bello sexo* apareció en nuestra escena, es decir, cuando apareció coronada por cuarta vez en el Teatro Principal de Cádiz; y no se diga que Cádiz prodiga las coronas por ostentacion ó por espíritu de partido, puesto que todos los corazones palpitaban igualmente al imperio del de la Sra. Baus. Cádiz, sí, se complace en premiar los talentos artísticos, y vuelve á premiarlos cada

vez que reconoce en ellos nuevos adelantamientos. ¿Por ventura, el premio es don de solo un dia? Hable la historia de la antigua Grecia y de Roma: ¡cuántos monumentos no se erigieron en honor y prez del genio, del valor, ó de la virtud de un solo individuo!

Concluido el drama quiso la Sra. Baus darnos una prueba señalada de su gratitud; es decir, quiso pagarnos nuestro amor con el suyo. A este fin se presentó acompañada del Sr. Tamayo, y tan conmovida como balbuciente leyó la modesta y afectuosa despedida que sigue, de la cual se repartieron acto continuo, ó mas bien se arrebataron con entusiasmo de entre las manos de los acomodadores, numerosos ejemplares lindamente impresos.

Joaquina Baus

Se despide de los Gaditanos
para Granada.

SU ADIOS.

Si en un alma agradecida
El pesar entrada halló,
Noble GADES, como yo
Nadie siente su partida.

Dejo un suelo venturoso
Y de ilustracion dechado,
Que aplausos me ha prodigado
Solo porque es generoso.

Dejo, sí, con sentimiento
Una ciudad indulgente,
Que coronando mi frente
Honró mi pobre talento.

Siempre tu dulce memoria
 Por dó quier me seguirá,
 Siempre en mi pecho será
 GADES mi dicha, mi gloria.

Y aquellos días dorados
 Que colmaron mi ventura,
 Cual blason de tu cultura,
 Siempre los tendré grabados.

Parto á un suelo encantador
 Que tapizan flores bellas,
 Mas en tu cielo hay estrellas
 Y en tu suelo paz y amor.

Por eso en la noche umbría
 Lanzaré por tí un suspiro,
 Y otro cuando en raudó giro
 Ostente el Sol claro día.

Mi amor y mi amistad fina
 Recibe, porque el partir
 Como dejar de existir
 Es, GADES, para JOAQUINA.

El prolongado aplauso que sucedió á la lectura de estos versos, acabó de patentizar á la hermosa y modesta artista que pagaba amor por amor al público gaditano.

La corta estension de nuestro periódico no nos permite describir mas pormenores ocurridos en esta noche. Añadirémos por último, que esta actriz privilegiada que maneja á su antojo los afectos, nos hizo reir, arrancándonos al propio tiempo nuevos aplausos, en la graciosa tonadilla del *Sacristan* y la *Viuda*, como asimismo en la linda pieza del *Aman-te prestado*, con la misma maestría que ántes nos habia hecho verter sentidas lágrimas durante la representacion del drama.

El día siguiente viernes, día destinado para la partida de las Sras. Baus y Cun, y de los Sres. Tamayo y Arponas mayor y menor, amaneció de lluvia, la que se sostuvo sin interrupcion hasta bien entrada la noche. Un poeta hubiera dicho que el cie-

lo gaditano, en armonía con los sentimientos de los habitantes de su suelo, derramaba hilo á hilo abundosas lágrimas por la próxima ausencia de su actriz predilecta.

A las cinco de la tarde llegaron dos coches al muelle, precedidos del Sr. Tamayo y de muchos de sus amigos. La lluvia no sirvió de obstáculo á un crecido número de personas para que fueran á despedir á tan estimables actores. La Sra. Baus bajó de uno de los coches acompañada igualmente de sus íntimas amigas, y con mútuo llanto en los ojos y duelo en el corazon se embarcaron estos señores con direccion al vapor francés *Phénicien* que los aguardaba para zarpar y entregarse á merced del elemento de las olas.

Cumplimos al llegar aquí con una promesa que hicimos al Sr. Tamayo, á quien hablamos entónces por primera vez, el cual nos suplicó, arrasados sus ojos de lágrimas, fuera nuestro periódico el eco de sus sentimientos para con un público que tantos favores habia dispensado á su Sra. y á él; favores que ni el tiempo ni la distancia podrian borrar jamás de su corazon.

Esto es en bosquejo todo lo que hemos presenciado y lo que ponemos en conocimiento de nuestros lectores. No nos cansaremos de repetirlo: con mucha dificultad ocuparán nuestra escena otros actores que satisfagan tan cumplidamente nuestros deseos.

Partieron, pues, estos cinco individuos de la compañía dramática, y entre ellos la bella hija de Madrid, la Sra. Baus. Admiradores entusias-

tas del verdadero mérito, quisiéramos tener empapada nuestra pluma en ambrosia siempre que se nos presenta ocasión de tributarle homenaje; porque á la verdad, ¡es tan dulce elogiar la hermosura, la virtud y el talento cuando se encuentran reunidos en una misma mujer! Partió, sí, la señora Baus; pero si ha tenido el sentimiento de dejar á este pueblo que la ha prodigado sus sinceros aplausos, también va á volver á un país en donde es deseada y querida, y en donde, para gloria de Granada, desarrolló sus talentos artísticos. Nosotros conservamos solamente para memoria de su belleza, porción de ejemplares suave y primorosamente litografiados de su retrato, obra del acreditado profesor D. José Beiquer, de la escuela sevillana. Cediendo el Sr. Tamayo á las repetidas instancias de muchos

de sus amigos, nos ha dejado esta memoria de la belleza de su esposa; pero también quedan en los pechos gaditanos corazones para sentir su ausencia.

Doña Joaquina Baus

AL PARTIR DE CÁDIZ.

Soneto.

Adios, adios, Joaquina encantadora,
 Sublime actriz, del alma maravilla;
 Cuando elevas la voz todo se humilla,
 Y el mar de Gades por tu ausencia llora.
 Tu hermoso rostro, de la blanca aurora
 Vence el fulgor con que su frente brilla;
 Tu nivea tez la del jazmín mancilla,
 Y tu beldad el Sol amante adora.
 Porque ¿quién se resiste á la dulzura
 De ese mágico acento y melodioso?
 ¿Quién cuando sufres tu dolor no siente?
 Tú en los pechos también viertes ventura,
 Y el pueblo Gaditano pesaráso
 Siempre te admira, aunque te lleve ausente.

REDACTORES.

COLECCION DE POESIAS

DE

D. Javier Valdelomar y Pineda.

Un tomo en 8.º; de 150 á 200 páginas.

Contendrá varias composiciones líricas de distintos géneros, y una dramática.

Su precio el de 10 rvn. en Sevilla llevado á casa de los señores suscritores, y 12 fuera de ella; los cuales se cobrarán al tiempo de hacer la entrega; la que se verificará á mediados de este mes.

Se suscribe en esta ciudad en la redaccion de la Revista Gaditana, plaza de la Constitucion.

INDICE.—Arcómetros *Artículo primero*. — A la memoria de D. José Galan y Aguilar; *poesia*. — Fiestas de S. Pedro en Roma; *continuacion*. — A mi madre; *poesia*. — Una historia de carnaval. — Un tributo al talento; *artículo*. — Doña Joaquina Baus; *artículo*. — Poesías de D. Javier Valdelomar y Pineda; *anuncio*.

(IMPRENTA Y LIBRERÍA DE FÉROS.)